

# Benito Arias Montano y la Biblioteca escurialense

IGNACIO LÓPEZ GUILLAMÓN

## LA GESTACIÓN DE LA BIBLIOTECA

Las vidas de Benito Arias Montano y de Felipe II llenan la esfera cultural y política de la segunda mitad del siglo XVI. Ambos nacieron en 1527 y murieron en 1598. Desde 1560, el teólogo humanista será el súbdito fiel del monarca más poderoso de su época.

Nacido en Fregenal de la Sierra, provincia de Badajoz, entre 1546 y 1557 estudia en las universidades de Sevilla y Alcalá de Henares (López de Toro, J., 1953:165-168). Martín Pérez de Ayala, Obispo de Segovia, propuso en 1562 a B. Arias Montano como integrante de la Comisión Española que había de estar en el Concilio de Trento, que entraba ya en su recta final. A su vuelta a España, Felipe II le nombró capellán real en reconocimiento a sus brillantes intervenciones en el Concilio (Rekers, B., 1973:10).

Entre 1568 y 1572, Benito Arias Montano dirige y coordina los trabajos de investigación y de edición de la *Biblia Polyglota Regia*. Desde su residencia en Amberes actúa como agente real que informa de la política y demás sucesos acaecidos en los Países Bajos, tan inquietos por la Reforma Protestante y la política. A sus informaciones se debe el relevo del gran Duque de Alba por D. Luis de Requesens como gobernador de aquellos territorios (Losada, J., 1983:70). Es a partir de entonces cuando, por encargo expreso del rey, se ocupará también de asuntos relativos a la Librería escurialense. Por una carta de 25 de marzo de 1568 consta que el monarca pide a Arias Montano compre libros y manuscritos para la biblioteca que ideaba crear en el Monasterio de El Escorial (Bell, A.F.G., 1922:10-18). Este será su primer encargo para la Librería escurialense.

Con anterioridad a iniciarse las obras de San Lorenzo de El Escorial en 1563, Felipe II había recibido distintos informes sobre la creación de una biblioteca. Así, Juan Páez de Castro desde 1555 tenía preparado el «Memorial

para la formación de una biblioteca pública» (Andrés, G. de, 1973:15-18). Por su parte, Juan Bautista Cardona envió al rey «Traza de la librería de San Lorenzo el Real» ofreciéndole otro modelo de biblioteca (Escolar Sobrino, H., 1987:250 y ss). Mención especial merece la «*Bibliotheca*» que estaba preparando el P. Alfonso Chacón para reunir las referencias bibliográficas de todos los impresos y manuscritos dignos de figurar en la biblioteca que el rey quería fundar. Su objeto era facilitar el conocimiento y ubicación exacta de libros y códices para que, si se deseaba, pudieran hacerse las gestiones precisas bien para su compra, bien para su reproducción manuscrita (Andrés, G. de, 1944:351).

¿Cuándo comienza la construcción propiamente de la biblioteca ideada para El Escorial?. De entrada hay que aclarar que la colección se fue reuniendo con las sucesivas remesas que llegaban a la residencia provisional de rey en La Fresneda, o a otros puntos. A partir del 30 de abril de 1576 se ubicó en unos locales provisionales en El Escorial. Con tal fecha se hizo la primer entrega oficial de libros, recogidos en un "Índice General" preparado por Antonio Gracián Dantisco, secretario de Felipe II (Llamas Martínez, E., 1995:612).

El edificio definitivo de la biblioteca se situaría sobre la entrada principal, entre el exterior y el Patio de los Reyes. Según Kubler, el contrato para la construcción de la entrada al Monasterio y el Colegio universitario se firmó el 6 de diciembre de 1575 (Kubler, G., 1985:134). Si en 1583, Felipe II vuelve de Portugal y ve acabada la fachada Oeste de El Escorial y preparados los interiores para su decoración, los espacios destinados a la Biblioteca se hicieron entre 1576 y 1583.

La adquisición de manuscritos y libros impresos interesó tanto a Felipe II que le llevó a tratar personalmente las gestiones de adquisición y/o traslados, o a delegar en cortesanos de reconocido prestigio. En una primer fase, entre 1571 y 1576, las gestiones sobre la información y compra de libros manuscritos e impresos recayó en Antonio Gracián. Fallecido éste, será Benito Arias Montano quien le sustituya como principal agente real dedicado a la compra de obras en el ámbito europeo, como organizador y responsable del expurgo de la Librería escurialense.

Arias Montano se ocupa de tareas relativas a la Biblioteca desde 1566, con anterioridad a su nombramiento como Librero mayor en 1576. Aunque no con exclusividad, realizará trabajos para la misma hasta 1592. Este espacio de tiempo constituye la fase de creación efectiva de la Librería escurialense: se da el mayor acopio de fondos, se organizan y se disponen para su colocación definitiva a partir de 1592. Al período en que es Arias Montano Librero mayor le denominaremos segunda fase.

Su sucesor en el cargo, el P. Sigüenza, responsable de la reubicación última del fondo, constituiría la tercer fase. Con esta división temporal se delimitan las principales secuencias habidas en la configuración de la Librería escurialense en el siglo XVI.

Ejemplo de los desvelos personales del rey por los asuntos de la Biblioteca pueden ser, entre otros, la carta de febrero de 1567, en que Felipe II escribe al prior del Monasterio explicándole cómo encontrar un ejemplar de la *Odissea* enviado en un arca junto a otras obras. También el rey es muy preciso en las indicaciones dadas a su embajador en Francia para que éste se asesorase de los profesores de la Universidad de París en la valoración del mérito y precios de las obras, silenciando quién sería el comprador y así evitar el encarecimiento de los libros o manuscritos (Bordonau Más, M., 1963:244-245).

En la misma línea, ordena a Ambrosio de Morales visite las principales catedrales, conventos y monasterios españoles para hacer relación de las obras que interesaban para la Librería escurialense y podían ser compradas, o «compensadas materialmente» con el consentimiento de sus dueños. La diligencia puesta por el rey en la consecución del mayor número posible de códices de Raimundo Lulio por las tierras de Cataluña y Mallorca es realmente sorprendente (Andrés, G. de, 1985:562-564).

Consciente Arias Montano del interés del monarca por todo lo relativo a la Librería, en distintas cartas le informa cumplidamente cómo tuvo que valerse de mercaderes de libros de los Países Bajos en la compra de obras pertenecientes a las abadías y monasterios secularizados, pues a los extranjeros no los vendían si no era a un alto coste. O, cómo revendía las obras de poco interés, o ya duplicadas, resultando finalmente que los libros y códices buenos salían a precios muy bajos. En otro momento, escribe al rey felicitándose por cómo había convencido a un veneciano para que le vendiese a él unos manuscritos griegos destinados a Isabel de Inglaterra; el precio fue tan bajo que, concluye diciendo: «yo creo que él no hizo en su vida más mal empleo, ni yo mejor» (Bell, A.F.G., 1992:67).

En 1575, Benito Arias Montano está en Roma defendiéndose de las acusaciones que el P. León de Castro imputó a la *Biblia Polyglota Regia* por haber empleado versiones hebreas en lugar de los textos de la Vulgata (Conde, P. J., 1928:406-408) (Orduña, I.R., 1928:8-14). Pero también se ocupaba de la compra de manuscritos árabes, dado que «libros arabigos tiene la libreria real en buena copia, [...] empero de Sagrada Escritura y materia de religion tiene falta, y de poesia e historia [...] y asimismo faltan los de filosofia. Quanto se

*sabía y enseñaba en Europa de trescientos años atras hasta setecientos manaba de libros arábigos»* (Morata, N., 1934:87-88).

Los servicios prestados por B. Arias Montano a Felipe II en los Países Bajos y su reconocida fama como intelectual hacen que el monarca lo asocie directamente a la Librería, al Colegio universitario y al Seminario escurialenses. Rekers señala que a su vuelta de Roma en 1576 fue nombrado Librero mayor con el encargo de seleccionar, organizar y clasificar las obras reunidas desde 1565 (Rekers, B., 1973:15-16).

### EL ALUMBRAMIENTO DE LA BIBLIOTECA

La Librería de El Escorial es una de las más logradas obras del ideal renacentista por el conocimiento enciclopédico. Hay que resaltar aquí que es Felipe II quien, como el resto de príncipes y monarcas del siglo XVI, siente un especial interés por todo lo relativo a la ciencia. En tal sentido, ordena se haga una descripción de todos los lugares, villas y ciudades del país, reflejando el origen, recursos, población, antigüedades, privilegios, etc. A su mecenazgo se debe la preparación de un mapa geodésico de España ó una historia natural de las Indias, ó el que las huertas del mismo Monasterio fueran lugar de experimentación agronómica, etc.

De El Escorial se hizo un microcosmos, reflejo de la Creación y símbolo de la Monarquía y Casa de Habsburgo. *«El Monasterio del Escorial es el ideal de intangibilidad que el rey soñara para su pueblo»* y que no es más que *«un universo como un reloj perfecto, en el que la política fuera liturgia, y la liturgia, política; cuyos concertados movimientos no conocieran el error ni la fatiga; música de las esferas sobre la tierra, y como ella, eterna, intemporal, intangible»* (Chueca Goitia, F., 1963:86-91).

Imbuido del espíritu trentino, Felipe II fundó en 1575 un Colegio universitario para doce colegiales teólogos y otros doce artistas, o filósofos,; y un Seminario para treinta discípulos; dotó generosamente los puestos de enseñanza de gramática, latín, griego y hebreo (Andrés, G. de, 1985:562) (Castaño de la Puente, F., 1975:367 y ss.).

En este contexto, la Librería escurialense, nexo de unión física, entre el Colegio y el Seminario, no era el simple depósito de cuanto impreso o manuscrito de valor hallaron los agentes del monarca. Tampoco era una biblioteca monacal, aun estando en un Monasterio. Era, sencillamente, la creación más destacada del Renacimiento, cristianizado en las doctrinas del Concilio de Trento. Había sido concebida y hecha realidad por el mismo rey y un grupo de intelectuales y artistas cortesanos.

Esta Librería tenía su razón inmediata en la existencia de estos dos centros de enseñanza. A su vez, éstos y el complejo escurialense serán los exponentes de la visión filipina de la idea de Monarquía cristiana, cuyo rey era una especie de delegado divino para asuntos terrenales. A estas ideas se une la situación sociopolítica que impelía a Felipe II a ser "Rey Católico", defensor y brazo armado de la Iglesia Romana, en la línea iniciada por Isabel de Castilla y continuada por Carlos I de España.

El primer gran lote de manuscritos y libros llegará en 1576 (supra). Procedían de fondos que habían estado dispersos en Sevilla, Granada, Burgos, o Simancas, y habían pertenecido a Alfonso X el Sabio, Juan II de Trastámara, Isabel la Católica o al propio Felipe II. Se trataba de cerca de tres mil códices y algo menos de dos mil libros (Andrés, G. de, 1973:11).

Habiendo muerto Antonio Gracián a primeros de abril de 1576 (supra) y conociendo la pericia de Arias Montano como conocedor de lenguas antiguas y su apasionamiento por los libros, en junio de ese año el rey le propuso la preparación de sendos catálogos, uno de los libros y otro de los manuscritos (Rekers, B., 1973:145). En 1577 estaban acabados estos dos repertorios, de los que sólo se conserva el referido a los manuscritos.

Según Rekers, Benito Arias Montano abandona los Países Bajos e Italia en 1576. Al parecer, es llamado por el rey a la Corte, se le nombra Librero mayor y se le exime de otras ocupaciones (Rekers, B., 1973:15). Sin embargo, G. de Andrés y A. Uña Juárez señalan el 1 de marzo de 1577 como la primera toma de contacto de Arias Montano con su encargo de «ordenar y clasificar los fondos manuscritos e impresos de la Laurentina» (Andrés, G. de, 1970:20) (Uña Juárez, A., 1994:508).

Por el P. Sigüenza se sabe que los libros y manuscritos se iban reuniendo provisionalmente en lo que más tarde llegaría a ser el dormitorio de los novicios. Fue aquí donde Benito Arias Montano estableció su oficina de trabajo, mientras no estuvieron dispuestas las dos plantas definitivas de la Librería.

Más tarde se habilitó la sala aneja a la sala principal, donde se colocaron los manuscritos por las lenguas de origen y algunos libros impresos en chino, traídos de Portugal (Sigüenza, J. de, 1986:297-298).

A B. Arias Montano se debió la distribución general del fondo entre libros impresos y manuscritos, la clasificación por materias dada a la colección, el expurgo de duplicados y la selección de obras allegadas, y también la función de censura dado que, por intervención personal del monarca, la Librería escurialense estaba exenta de la acción supervisora de la Inquisición y había de ser pública, previa autorización real.

Su dedicación a la Biblioteca fue discontinua en el tiempo; tuvo distintos colaboradores y se ocupó también de actividades docentes (Ozaeta, J. M., 1990:542 y ss.). Todos estos encargos reales lo absorbieron de tal modo que entre 1576 y 1583 no publicó obras nuevas (Gómez Villafranca, R., 1928). Siendo, pues, hombre de estudio, en 1584 solicitó al rey dejar el cargo de Librero. Sin embargo, hasta 1586 Felipe II no le da permiso para dejar temporalmente El Escorial, que él aprovecha para ir a Extremadura.

Veamos ahora la distribución y disposición de las obras establecida por Arias Montano. Lo que conocemos al respecto se debe al testimonio que en los primeros años del siglo XVI hace el P. Sigüenza. En la sala principal había unos siete mil libros impresos en griego, latín y hebreo. Estaban organizados internamente por materias y muchas de las obras estaban encuadradas en un mismo volumen. Sobre ésta, hay otra sala con iguales dimensiones y mayor capacidad, donde se situaron las obras en lenguas nacionales y una sección de obras latinas.

Finalmente, existía, aneja a la sala principal, otra gran estancia reservada para manuscritos. De ésta, el P. Sigüenza resalta que la orientación Norte de sus ventanas contribuía a la mejor conservación de los códices. A su vez, esta dependencia se dividía en sala para manuscritos griegos y latinos, y sala para los hebreos, árabes y los de lenguas nacionales y obras impresas chinas (Sigüenza, J. de, 1986:295-296).

Así, pues, habían sido dispuestos por el P. Sigüenza y sus ayudantes los libros y manuscritos entre 1592, fecha en que los fresquistas y doradores habían acabado de ornamentar la sala principal (Los frescos italianos ..., 1994: 171), y 1597, año en que, según Kubler, Jehan Lhermite visitó la Biblioteca escurialense (Kubler, G., 1985:133).

La distribución general en distintas colecciones, ya fueran obras impresas o códices, obedecía a un criterio muy extendido entre los humanistas, fundado en razones prácticas de preservación y del que se hacen eco Páez de Castro, J. Bautista de Cardona (supra) o el mismo Arias Montano, quien en carta de mayo de 1570 escribe a Felipe II insistiendo en la conveniencia de proteger cuanto fuese posible los manuscritos (Justel Calabozo, B., 1987:17). Frente a las obras impresas, las obras manuscritas poseían valor de fuentes y eran muy apreciadas por todos los estudiosos. Por lo general, según era fama, contenían menos errores que los libros impresos y por esta causa eran muy codiciados.

En cuanto a la clasificación, Arias Montano ideó una taxonomía del conocimiento en sesenta y cuatro disciplinas, que respondiese a la disposición tradicional de los estudios de Artes, Filosofía y Teología. Este esquema clasificatorio será interdependiente con el programa iconográfico de la decoración del

friso y de la bóveda de la sala principal (infra). Esta conjunción de elementos enlaza directamente con la visión unitaria de la realidad y del conocimiento que B. Arias Montano poseía (infra) y es su aportación más genuina.

Orduña señala como idea genial de Arias Montano la analogía siguiente: «*así como la ciencia humana ayuda a descubrir los misterios de la Palabra de Dios, según es ley en la jerarquía natural de nuestros conocimientos, la Palabra de Dios una vez conocida fuese, por una especie de reflexión perfecta, la que iluminase los campos de la Historia humana y el Mundo inmenso de la Naturaleza creada*». Este autor afirma que la idea de unidad armónica entre las esferas del conocimiento natural y sobrenatural es una inquietud que late en Arias Montano desde sus primeros estudios y que alcanzó su culmen en el «*Opus Magnum*», especie de suma de conocimientos cuyo paradigma es la Biblia «*síntesis, poderosa y atrevida, de Teología, Filosofía, Historia, Ciencias físicas y naturales*» (Orduña, I. R., 1928:11).

Pecellín Lancharro escribe igualmente al respecto. Benito Arias Montano, antes de morir, quiso hacer realidad un proyecto científico de gran alcance que denominó «*Opus Magnum*». Éste se formaría por tres partes, de las que sólo llegó a preparar dos: «*Liber generations et regenerationis Adam, sive de historia generis humani. Operis magni pars prima, id est, Anima*», publicado en Amberes en 1593; y «*Naturae historia, prima in magni operis corpore pars*», preparada a continuación de la anterior y publicada en Amberes en 1601, después ya de su muerte (Pecellín Lancharro, M., 1989:270).

Parece, pues, que con independencia de las intervenciones del monarca y de otros personajes, la idea cohesionada de la Librería escurialense, suma del saber del Renacimiento, debe atribuirse a Benito Arias Montano. En todo caso, se dió una feliz conjunción: un rey inquieto por la ciencia y la problemática intelectual de su tiempo, y un humanista que se ocupó de la misma, aunque no exclusivamente, durante casi veinte y cinco años.

En la parte Norte de la sala principal se situó la Filosofía y, seguidamente, «*Gramática, Vocabularia, Elegantiae*», etc. hasta alcanzar en la parte Sur la «*Historia ecclesiastica & Vitae sanctorum, Scholasti. Teologia, Sumistae*», cabe la Teología. Sin embargo, «*Encyclica, Catholica, Biblia sacra & patres*» aparecen situadas próximas a «*Pictura & Sculptura, Agricultura, Idilia opuscula, Stromata*», a un lado; y «*Cosmographia, Geographia, Topographia ...*» a otro (Sigüenza, J. de, 1986:297).

Lo cierto es que esto constituye un desenfoque respecto del plan inicial, que es acusado por la ruptura del paralelismo conceptual ideado entre la ubicación de los libros y el programa iconográfico. Es debido a Fr. José de

Sigüenza que siguió un criterio más estético que intelectual, según el mismo nos informa, al colocar las obras por tamaños *guardando en lo posible el orden anterior de las materias*. Al parecer, Arias Montano llegó a disponer coyunturalmente dos hileras de libros en casos muy concretos, condicionado por el respeto al orden de la clasificación de materias. El P. Sigüenza no podía mantener esto en la organización definitiva de los fondos en la sala principal de la Librería.

No sin acritud, dice el monje jerónimo de esta clasificación que se atenía más a la simple diferenciación de los conceptos que a una articulación sistemática. En realidad, se trataba de una clasificación del conocimiento estrictamente intelectual, fundada en la siguiente idea: todo saber tiene su origen en Dios. De ahí que la Librería escurialense constituya formalmente una unidad entre los libros y la decoración, y, conceptualmente, una síntesis del conocimiento de las tradiciones culturales conocidas por Arias Montano.

El P. Sigüenza es un discípulo de primer orden de Arias Montano en cuanto a las ideas y, sólo en parte, de la actividad bibliotecaria. Sin embargo, no puede decirse de él que es un intelectual que se asemeje en nivel a sus maestro. De ahí que, aunque Fr. José de Sigüenza se enorgullece de haber tenido a Arias Montano como predecesor y maestro en la Librería escurialense, no supera a su mentor con las modificaciones que realiza.

Fuera por esto ó por haber quedado incompletos los catálogos anteriores, el monje jerónimo se vió en la necesidad de preparar dos, uno por materias y otro por autores, de forma que *«se satisficiese a todo a la buena apariencia y compostura de fuera, y al orden de las ciencias y facultades en lo de dentro»* (Sigüenza, J. de, 1986:297-299). Estos no son repertorios como los que hizo B. Arias Montano en 1577 (*supra*), en parte inventarios y en parte instrumentos que facilitasen el acceso a las obras, sino elementos indispensables para encontrar los libros y el resto de documentos.

Los asientos constaban de la signatura de referencia que remitía a la situación real de la obra. Por ello, el P. Sigüenza hubo de crear también un sistema de signaturas acordes con la ubicación física de las obras. Ésta consta de tres signos: una letra alfabética, que designa la estantería, o cajón; una cifra romana, que indica la balda; y, finalmente, una cifra arábica, que por número natural señala la posición exacta. Aunque el modelo no es original, ésta es la contribución que más ha durado en el tiempo de las realizadas por el eminente fraile jerónimo.

## LAS ARTES LIBERALES EN LA BIBLIOTECA

En las estancias monacales y universitarias destinadas a bibliotecas en el Medioevo era frecuente hallar una decoración pintada en relación con el conocimiento y sus fuentes, objetos científicos, retratos, antigüedades, etc. De ello existen testimonios escritos o restos, como los hallados en la biblioteca del Monasterio premostratense de Brandemburgo, en la que se representaban las Siete Artes Liberales y Mecánicas en base a personificaciones alegóricas de la Teología, Filosofía, Jurisprudencia, Medicina (Schedel, H., 1948).

En el sentir de los humanistas, las bibliotecas eran puntos en los que se atesoraba todo el saber, como la tradición y los textos antiguos decían de la Biblioteca de Alejandría. Por esto recomendaban a sus patrocinadores y mecenas situar en ellas cuantos instrumentos científicos, objetos raros, antigüedades y representaciones de las autoridades más eminentes, ya fueran de la Antigüedad, ya de las épocas medieval o moderna. Tal hicieron Páez de Castro, Juan B. Cardona o el mismo B. Arias Montano (supra).

El motivo de las Artes Liberales, como tema de decoración, fue muy socorrido durante el siglo XVI. Se citarán sólo dos casos conocidos indudablemente por Arias Montano: el sepulcro del fundador de la Universidad Complutense, Cardenal Cisneros; y la primitiva decoración de la Biblioteca Colombina.

Entre 1519 y 1524 Bartolomé Ordóñez hace el sepulcro de Francisco Jiménez de Cisneros siguiendo puntualmente las condiciones y el plan iconográfico establecido al efecto. Este muestra en sus laterales la representación de las Musas del saber y se sitúa en el seno de la Universidad. (López Gajate, J., 1990:52 y ss.). Arias Montano recibió en Alcalá los grados de bachiller en Artes, en 1548, y el de licenciado, en 1549. En 1552 recibe el título de poeta laureado (Bataillon, M., 1979:739).

El segundo ejemplo es la decoración inicial que tuvo la Biblioteca Colombina en la S.I.C. de Sevilla. En la Universidad de esta ciudad había estudiado Arias Montano entre octubre de 1546 y julio de 1548, en que pasa a Alcalá. Las conexiones con Sevilla son una constante a lo largo de su vida. Consta que residió también entre julio de 1556 y julio de 1559, entre abril de 1578 y mayo de 1579, finalmente, desde abril de 1586 hasta su fallecimiento a primeros de julio de 1598 (Serrera, J. M., 1987:162).

Al parecer, entre 1561 y 1562, Luis de Vargas pintó un friso corrido entre el artesonado del techo y las estanterías en la nueva biblioteca catedralicia. Sobre las "... facultades ..." se representaron "... las veras efigies de sus authores o sagrados o profanos y muchos motes e inscripciones ..." en palabras de Juan de

Loaysa, canónigo y bibliotecario en los años finales de la centuria siguiente (Serrera, J.M., 1987:159). El programa iconográfico se atribuye a Francisco Pacheco, quien, aparte de organizar el fondo de la Librería Colombina y del Cabildo catedralicio, formaba parte de la élite cultural sevillana frecuentada por Arias Montano (Serrera, J. M., 1987:160 y s.). En realidad, no se alude explícitamente a que se representaran las personificaciones de las Artes Liberales. J. Miguel Serrera estima que sí. En cualquier caso, Arias Montano estuvo al tanto del acontecer de esta magnífica librería y, razonablemente, puede ser considerada como un antecedente inmediato.

La construcción de El Escorial coincide con la implantación del Concilio de la Reforma Católica (1545-1563) en la Monarquía de Felipe II. Por su particular idea de la función real, no es de extrañar que se le confiera una función importante a la formación de «*milites christi*» y que reserve a los jerónimos laurentinos y al impresor Plantino, y sucesores, el monopolio de la edición y comercio de todos los libros de litúrgicos que se realizaran en los territorios de la Monarquía hispana (Escolar Sobrino, H., 1988:406 y 513).

La Librería escorialense se destinaba a un Monasterio, a una Corte, a un Seminario y a un Colegio universitario (Osten Sacken, C. von der, 1984:97-98). Un instrumento cultural de esta categoría no podía estar desvinculado de la idea filipina como monarca promotor de la Iglesia Romana. A esta idea respondían los encargos de Arias Montano en Amberes: el *Index* y la *Biblia Regia*, etc. (supra). Por su parte, el Colegio y el Seminario comienzan su andadura en 1567, mucho antes de que las obras escorialenses permitieran albergar tales funciones, en este mismo contexto (Castaño de la Puente, F., 1975:391). El Escorial es la encarnación material del espíritu de Trento.

En la representación de las Artes Liberales entre la Filosofía y la Teología puede verse la conexión entre fe y ciencia, virtud y sabiduría y la procedencia divina de todo saber. Esta idea le era especialmente atractiva a Benito Arias Montano (supra), para quien la ciencia incluía las herencias grecolatina, judeocristiana y árabe. Por esto, entre otras razones, no dudó en preferir manuscritos hebreos del Antiguo Testamento para los trabajos editoriales de la *Biblia Polyglota Regia*, desestimando a los canónicos recogidos en la Vulgata. A la misma concepción responde su proyecto de «*Opus Magnum*», del que sólo pudo culminar dos partes (supra).

En el lado Sur de la Librería escorialense, junto al Seminario, el luneto que origina la bóveda que cubre la sala principal se destina a la representación de la Teología, resaltando la Verdad revelada en las Escrituras y la Tradición de la Iglesia Católica frente a la libre interpretación de la Escritura, propia de la

Reforma Protestante. Por esta causa se representa el Concilio de Nicea (325 d. C.), considerado antecedente del de Trento, y ambos promulgadores del derecho divino sobre las especulaciones humanas.

De igual modo, no es una anécdota sin mensaje el hecho de representar al emperador Constantino, patrono de la Iglesia en los albores del siglo IV, tal como hacía Felipe II en la segunda mitad del siglo XVI. Esta visión del emperador romano ya había sido representada en las "Stanze" vaticanas decoradas por Rafael y tenía una profunda significación (Bargham, B. Von, 1986:61).

En el lado opuesto de la estancia, junto al Colegio universitario, se sitúa en otro luneto idéntico la representación de la Filosofía. Ésta es la parte elegida para el comienzo del programa iconográfico. Osten Sacken señala cómo el conocimiento de la Filosofía es el punto de arranque a partir del cual, y previo paso por las distintas Artes, se alcanza el conocimiento de la Teología (Osten Sacken, C. von de, 1984:103).

La ornamentación se distribuye de la siguiente manera: junto a los muros están situados longitudinalmente los distintos muebles-estanterías que albergan los libros; sobre éstos hay un friso corrido en el que se representan, como si de una secuencia escénica se tratase, diversas historias significativas del Antiguo Testamento, de la tradición grecolatina y árabe, coincidentes con las materias de los libros situados en los muebles.

Sobre las escenas historiadas, ya en la bóveda, se disponen las alegorías personalizadas de la Gramática, Retórica y Dialéctica (Trivium) y de la Aritmética, Música, Geometría y Astronomía (Quatrivium). La relación entre las materias de los libros y los temas pictóricos guardan una estrecha vinculación visual que hace innecesarios los catálogos de referencia.

Pese a que no se ha encontrado documentación fehaciente que revele la responsabilidad del programa iconográfico y, en consecuencia, las atribuciones son muchas, estimo que Felipe II y Benito Arias Montano coincidieron plenamente en esta visión unitaria del saber y del conocimiento de la realidad. Sin duda, el monarca debió estudiar pormenorizadamente el ciclo pictórico y, a su vez, ordenar modificaciones o añadidos, teniendo en cuenta la opinión de otros cortesanos relacionados estrechamente con El Escorial, tales como Juan de Herrera, fray José de Sigüenza o Pelegrino Tibaldi. O conjuntamente a los tres, teoría expuesta por Barbara von Bargham y Annemarie Jordan.

Taylor es el principal defensor de los mensajes esotéricos del conjunto escurialense y, en virtud de un análisis muy pormenorizado, estima que Juan de Herrera tuvo una responsabilidad muy importante en este programa (Taylor, R.,

1976-1977). Kubler rebate esta teoría y, junto con bastantes otros historiadores del arte, da bastante credibilidad al testimonio del Padre Sigüenza por el que éste se responsabiliza del programa. Sorprendentemente, tanto para la iconografía de la Biblioteca como para la de otras partes de El Escorial, todos los autores que tratan este asunto se hacen eco de que debió participar de forma significativa Arias Montano.

Además de la idea sobre la ciencia como suma del saber de las tres principales tradiciones sobre las que descansa la cultura europea de todos los tiempos (supra), la coincidencia entre la organización del fondo bibliográfico y la disposición de las representaciones pictóricas (supra), Arias Montano tuvo interés por todo lo relativo al arte (infra), conocía y participó en trabajos similares (infra) y tenía absoluta confianza por parte del rey. Las historias y figuras que acompañan a las siete Artes Liberales revelan a un autor que tenía profundos conocimientos del Antiguo Testamento y de la tradición clásica más erudita, al tiempo que no temía fundir las aportaciones al saber de culturas ajenas a la tradición cristiana más ortodoxa. Todo conduce, en definitiva, a la persona de Arias Montano.

A falta de documentación coetánea que explicita la responsabilidad irrefutable de Arias Montano como autor del programa decorativo, se expondrá una serie de especulaciones sobre las que se fundamenta tal certeza, contra la afirmación del P. Sigüenza que explicaba extensamente la decoración de las pinturas porque eran obra suya (supra). Testimonio, por otra parte, que ha sido revisado por otros estudiosos.

Arias Montano tuvo siempre interés por los temas artísticos y fue amigo de distintos grabadores y pintores (Uña Juárez, A., 1994:507). Está demostrado que fue quien ideó la representación alegórica de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, tras su victoria en 1568 sobre Guillermo de Orange (Hänsel, S., 1990:37 y ss. y 51). Además, Arias Montano fue el responsable intelectual de los grabados de la *Biblia Polyglota Regia* (Gómez Villafranca, R., 1928:294 y ss.) (Hänsel, S., 1990:41). Igualmente, la obra: «David, hoc est, virtutis exercitissimae probatum Deo spectaculum, ex David Pastoris», publicada en Amberes en 1589, era considerada como un libro de emblemas (Gallego, J., 1984:87).

Aunque el tema decorativo de las Artes Liberales era conocido por los humanistas como representativo de personas relevantes por su saber o su contribución al mismo y como el más apropiado para lugares donde se reunían objetos científicos y/o libros (supra), estimo que el dato más convincente para tal atribución puede ser el hecho de que Felipe II retiene a Arias Montano en El

Escorial entre 1585 y 1586 y no le deja marcharse definitivamente hasta 1592. ¿Qué sucede por entonces en la Librería escurialense?

Para 1584, Benito Arias Montano había acabado de organizar, clasificar y expurgar el fondo. Trataba entonces de liberarse de los encargos reales para dedicarse al estudio. Pero sucedía también que en la Librería restaba por hacer la decoración de la estancia principal. Los trabajos preparatorios para pintar se hicieron entre 1586 y 1587 y en los dos años siguientes se llevaron a cabo. ¿Por qué se retiene a Arias Montano en El Escorial contra su deseo de investigar, escribir y editar?

Para los trabajos previos de dibujos, modelos a escala, reproducción y selección de distintos diseños y supervisión final del monarca, debía estar preparado el plan iconográfico con anterioridad a 1586. En esta fecha se autoriza a Arias Montano a ausentarse temporalmente de El Escorial y consta que a partir de ese año Arias Montano, ya desde Extremadura, ya desde Sevilla, vuelve a El Escorial sólo para estancias breves (supra). A principios del año 1592 los fresquistas y decoradores de la Biblioteca habían acabado y cobrado sus trabajos (Bekers, B., 1973:162) (Los frescos italianos..., 1994:171). Es entonces cuando Felipe II le autoriza, final y definitivamente, a desvincularse de la Librería escurialense. Para entonces, Arias Montano estaba trabajando intensivamente en su "Opus Magnum"(supra).

Estas precisiones cronológicas son reveladoras para determinar la positiva participación de Benito Arias Montano en la "memoria" del programa iconográfico más allá de cualquier mera consulta. Igualmente, coincide en el tiempo con la edición de su obra: "*David, hoc est ...*" citada antes como exponente de obra de carácter iconográfico.

La ejecución de los frescos de la bóveda y del friso es obra de Pellegrino Tibaldi (1527-1597), arquitecto, ingeniero y pintor formado, primero entre los pintores boloñeses de su región de origen y, segundo, en la estela de los discípulos de Miguel Angel en Roma. Tanto por su formación como por sus convicciones fue de la entera confianza de Felipe II, que entendía el arte supeditado a la religión. Antes de venir a España había trabajado para el Arzobispo de Milán, Carlos Borromeo, uno de los principales artífices del Concilio de Trento.

En El Escorial, Felipe II le confía la decoración del Sagrario de la Basílica, el Claustro mayor y la Biblioteca, donde había de representar a las ciencias profanas y sagradas como un todo sin rupturas, habida cuenta el origen divino del conocimiento (Los frescos italianos ..., 1994:141 y ss.). Y así, en composiciones de fácil comprensión para un humanista, trasladó a los paramentos y a la bóveda

de la Biblioteca un compendio de la ciencia de todos los tiempos hasta el Renacimiento y de las principales culturas europeas.

Desde el punto de vista formal, la idea y estructuración de las pinturas de la estancia principal tiene su origen en la Capilla Sixtina y en el estilo grandilocuente de Miguel Ángel. La emulación es tal que aquí también se prodigan los desnudos. Estos serán defendidos por el P. Sigüenza contra quienes tachaban de indecorosa la ornamentación de la Biblioteca. Para éste, «*las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombre y de ingenios; los libros lo son, y así lo han de ser las figuras ...*» (Sigüenza, J. de, 1986:273 y ss.).

## CONCLUSIONES

Hasta ahora, Benito Arias Montano y su producción científico-literaria ha sido objeto de estudios parciales, que, si bien sirven para vislumbrar el conjunto de su aportación, son insuficientes para perfilar su contribución al conocimiento en la segunda mitad del siglo XVI.

Muy pocos de estos trabajos abordan esta figura del Siglo de Oro como bibliotecario, actividad a la que se dedicó con distinta intensidad entre 1568 y 1592. Se han analizado sus perfiles de teólogo, escriturista, filólogo, compilador de catálogos, agente político, etc. Sin embargo, es durante casi un cuarto de siglo el principal comisionado de Felipe II en la selección y compra de libros impresos y manuscritos en distintos países de Europa; es, al menos, entre 1577 y 1586, el responsable de la organización del fondo bibliográfico escorialense, ideando para ello un sistema de clasificación de materias, fundado en los sistemas de estudios Trivium y Quatrivium, Filosofía y Teología, entonces vigentes; y, finalmente, es también el responsable del programa iconográfico desplegado en la ornamentación de la primera gran biblioteca de España, llevado a cabo entre 1586 y 1592.

El sistema de clasificación consta de sesenta y cuatro materias. Son las principales disciplinas de los estudios de Artes, Filosofía y Teología. En ningún caso responden a una estructuración sistemática, sino que, diferenciadas por simple caracterización de concepto, se yuxtaponen ordenadamente entre la Filosofía y la Teología condicionando el ciclo pictórico de la sala principal de la Biblioteca. Con esto significa Arias Montano la no ruptura entre la razón y la fe en la consecución del conocimiento, que estima emanado de Dios.

Quizá sin pretenderlo logró resolver uno de los mayores escollos en cualquier biblioteca, a saber: facilitar el acceso a la información contenida en los libros. La disposición de estos por materias en medio de una decoración

“funcional” suficientemente inteligible para el estudioso visitante de la Biblioteca.

Benito Arias Montano tiene, finalmente, el mérito de concebir la Biblioteca escurialense como un conjunto orgánico perfectamente integrado, en el que las distintas disciplinas responden a un esquema próximo al saber de sus coetáneos. En suma, traza un microcosmos inteligible donde puede hallarse todo el conocimiento, natural y sobrenatural, habido hasta su época.

### BIBLIOGRAFÍA:

ANDRÉS, Gregorio de:

(1944) EIP. Alfonso Chacón: un capítulo de la historia de la Real Biblioteca de El Escorial. EN: L.C.D., CLVI.

(1970) Historia de las procedencias de los códices hebreos de la Real Biblioteca de El Escorial. EN: Sepherad, XXX.

(1973) El primer catálogo de manuscritos de la Biblioteca de El Escorial. EN: Homenaje a Federico Navarro. Madrid, ANABAD.

(1985) Perfil histórico de la Real Biblioteca de El Escorial. EN: El Escorial en la Biblioteca Nacional: [exposición]. Madrid, Biblioteca Nacional.

BARGHAM, B. Von: (1986) The Torreo of the Lisbon Palace and the Escorial Library: artistic and iconographic interpretation. EN: Archivos do Centro Cultural Português.

BATAILLON, Marcel: (1979) Erasmo y España: estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

BELL, Aubrey F. G.: (1922) Benito Arias Montano. Humphrey Milford, Oxford. University Press

BORDONAU MÁS, Miguel: (1963) La librería y libros de coro del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. EN: R.A.B.M., LXXI, 1-2.

CASTAÑO DE LA PUENTE, Felicísimo: (1975) IV Centenario de la fundación del Colegio y Seminario de san Lorenzo el Real de El Escorial. EN: L.C.D., CLXXXVIII, 3.

CHUECA GOITIA, Fernando: (1963) El Escorial a través del espíritu de su fundador. EN: R.O., I.

- CONDE, PRUDENCIO J.: (1928) Arias Montano y la cuestión bíblica de su tiempo. EN: R.C.E.E. II, 1-2
- ESCOLAR SOBRINO, Hipólito:  
(1987) Historia de las bibliotecas. 2ª ed. Madrid, FGSR.  
(1988) Historia del libro. Madrid, FGSR. Frescos
- GALLEGO, Julián: (1984) Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro. Madrid, Cátedra.
- GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: (1928) Cooperación a la bibliografía de Arias Montano. EN: R.C.E.E., II, 1-2.
- HÄNSEL, Syvaine: (1990) Benito Arias Montano y la estatua del duque de Alba. EN: N.A., X.
- JUSTEL CALABOZO, Braulio: (1987) La Real Biblioteca de El Escorial y sus manuscritos árabes : sinópsis histórico-descriptiva. 2ª ed. Madrid, Patrimonio Nacional.
- KUBLER, George: (1985) La obra del Escorial. 2ª ed. Madrid, Alianza.
- LLAMAS MARTÍNEZ, Enrique: (1995) Antonio Gracián Dantisco y la Biblioteca de El Escorial en su primera etapa (1571-1576). EN: L.C.D., CCVIII, 2-3.
- LÓPEZ DE TORO, J.: (1953) Arias Montano, orientalista. EN: R.E.E., IX, 2.
- LÓPEZ GAJATE, J.: (1990) Precedente iconográfico de la Artes Liberales de la Biblioteca laurentina, sepulcro del Cardenal Cisneros. EN: L.C.D., CCIII, 1.
- LOSADA, Juan: (1983) El universo de Arias Montano en la Real Biblioteca de El Escorial. EN: Reales sitios, XX, 76, 2º trim.
- MORATA, Nemesio: (1934) Un catálogo de los fondos árabes primitivos de El Escorial. EN: Al-Andalus, II.
- ORDUÑA, ISMAEL R.: (1928) Arias Montano, escriturario. EN: R.C.E.E., II, 1-2.
- OSTEN SACKEN, Cornelia Von Der: (1984) El Escorial, estudio iconográfico. Madrid, Xarait Ediciones.
- OZAETA, José M.: (1990) Arias Montano, maestro de Fr. José de Sigüenza. EN: L.C.D., CCIII, 3.

- PECELLÍN LANCHARRO, Manuel: (1989) La «Naturae historia» de B. Arias Montano. EN: R.E.E., XLV, 2.
- REKERS, Ben: (1973) Arias Montano. Madrid, Taurus.
- SCHDEL, Hartmann: (1948) Bibliothek. EN: Reallexicon zur Deutschen kuns, II. Citado en la obra del P. Sigüenza.
- SERRERA, Juan Miguel: (1987) Un precedente del programa iconográfico de la Biblioteca de El Escorial, el de la Biblioteca Capitular y Colombina de la Catedral de Sevilla. EN: Estudios inéditos del IV Centenario de la terminación de las obras del Real Monasterio de El Escorial. Madrid, CSIC.
- SIGÜENZA, José de: (1986) La fundación del Monasterio de El Escorial. Madrid, Turner.
- UÑA JUÁREZ, Agustín: (1994) Descubrir a Montano y reencuentro cultural en Alemania. EN: L.C.D., CCVII, 2.
- VARIOS: (1994) Los Frescos italianos de El Escorial. Madrid, Electa

#### ABREVIATURAS:

- N.A.: Norba. Arte / Universidad de Extremadura. Facultad de Filoso y Letras. Departamento de Historia del Arte.
- L.C.D.: La ciudad de Dios / Monasterio de El Escorial
- R.A.B.M.: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos /Asociación de Facultativos de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- R.C.E.E.: Revista del Centro de Estudios Extremeños.
- R.E.E.: Revista de Estudio: Extremeños.
- R.O.: Revista de Occidente.